

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 163.—15 de Diciembre de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan, Epíst. I, 4, 8.)*

## ¿EL ALTO SALARIO ES EL BIENESTAR DEL OBRERO?

*El oro de América nos tiene pobres*, decía hace dos siglos Feijóo, resumiendo en esta enérgica frase, la serie de errores, desaciertos é injusticias con que convertimos en nuestro daño el bien de los descubrimientos de Cristóbal Colon. Para los pueblos como para los individuos, ninguna circunstancia, por ventajosa que parezca, puede decirse en absoluto que es favorable: hasta saber si se utiliza ó no, y en general, más que la cosa recibida influye el recipiente en la prosperidad de los individuos y de las naciones. Holanda prospera disputando al mar sus lagunas y España se aniquila en la miseria sobre sus estensos y feraces campos, y recibiendo los galeones cargados con el oro de las Indias.

Por estrecho que sea el círculo de nuestras relaciones, recordaremos algun caso de una herencia ó premio de lotería que ha sido causa de la ruina del favorecido, y en cuanto á los obreros, asunto de este artículo, no siempre están mejor los que ganan más, y muchas veces están peor porque ganan *demasiado*.

Decir que un hombre gana demasiado, cuando honradamente gana, parecerá tal vez absurdo, pero es exacto; porque no siendo la ganancia un objeto sino un medio, cuyo fin es el bien moral y material del hombre, cuando ni uno ni otro consigue, sino que, por el contrario, les sirve de obstáculo, hay demasiada en ella puesto que hay mal. Una industria que lleva á una comarca grandes capitales, distribuidos la mayor parte en

jornaies, se supone que lleva allí en la misma proporción el bienestar y la riqueza, lo cual unas veces no es exacto, y otras es falso completamente.

Un ingeniero de minas nos decía: «En T. dábamos 10.000 reales al mes, y aquel pueblecito prosperó de una manera consoladora; en S. damos 10.000 duros y aquella gente se pierde, no tienen camisa ni cama.»

El hecho de que no podía dudarse, viniendo de persona tan verídica, necesitaba explicación y nos la dió, añadiendo: «En T. los jornales no eran subidos ni seguros, de modo que aquella gente, además de sus recursos ordinarios, tenía como un agregado el trabajo de la mina, que les ayudaba á vivir. Con su producto se los veía tener más desahogo, mejorar un poco el vestido, el ajuar de casa, libertarse de las garras de los usureros, tener una prosperidad relativa. Aquellas ganancias eran un auxilio eficaz, pero no grande; de modo que no se formaron esos núcleos de ricos (relativamente) que derrochan y van atrayendo y agrupando alrededor de sí la casi totalidad de la población entera; por el contrario, la prudencia y la parsimonia en el gastar, propia del que tiene poco, empezó por algunos, y fué imitada por todos, con raras excepciones, no bien vistas. En S., jornales mucho más subidos, seguros, y no solo para el jefe de la familia, sino también para las mujeres y para los niños, de modo que ganaban en un mes lo que antes en medio año. Al verse con tanto dinero, que se reponía á medida que lo gastaban, quisieron gozar, comer y sobre todo beber bien y divertirse, para lo cual empezaron á jugar. Cundió la desmoralización en términos, que el salario más se empleaba en satisfacer vicios que verdaderas necesidades, y tiene V. los obreros que en la taberna y en el juego dejan gran parte de su jornal, y apenas tienen camisa, y literalmente carecen de cama que merezca este nombre: con llevar allí tanto dinero, hemos arruinado el pueblo.»

Este hecho no es raro. Con frecuencia se oye, que los *mine-ros es mala gente*, y la gente que vive del trabajo de sus manos, cuando es *mala*, es muy pobre, está á punto de ser miserable, y lo será; de modo que esas riquezas sepultadas en las entrañas de la tierra, empobrecen á los que las sacan, porque desmoralizándolos los arruinan.

El hecho es más fácil de explicar que de remediar: el pobre ha nacido y vivido en medio de las privaciones materiales, y apenas se halla con recursos para satisfacerlas, las satisface,

por natural reaccion, con exceso, y llena una y otra, y otra vez y apura aquella copa por tanto tiempo vacía. ¿Pueden saber los que no han padecido necesidad lo que aumenta la privacion el valor de la cosa necesaria? ¿Pueden saber la fuerza que se necesita para no abusar de aquello de que tanto tiempo se ha carecido? Y luego, este abuso, casi constituye el único goce de la gente sin educar, que no comprenden los del espíritu, que no puede tenerlos. Los medios materiales crecen, los intelectuales no, y las distracciones que ya son posibles, son viciosas, porque teniendo que ser materiales es difícil que sean honestas.

En la industria minera, el hecho suele ser de más bulto; pero en otras puede observarse también, y cuando se repite por mucho tiempo y en diferentes países, se comprende que la causa es permanente y la raíz honda.

En Gijón, por ejemplo, en la fábrica de cristales, hay obreros que ganan hasta 24.000 rs. al año, con más casa y combustible. ¿Se hacen ricos? No. Alguno reúne un capitalito que en breve aumenta, estableciéndose como comerciante, ó le lleva á su patria, porque son extranjeros; los más, gastan cuanto ganan *alegremente*, como se dice, y en darse *buena vida*. Procedentes de países más adelantados, con medios superiores á los que poseen entre nosotros, las clases que se llaman bien acomodadas, si no hacen economías, gastan en cultivar su espíritu ó en proporcionarle goces. ¿Tienen periódicos, libros, música, obras de arte, teatro, círculos literarios ó científicos? No; sus crecidos salarios se invierten en comer y beber, y según pública voz y fama, los obreros de la fábrica de cristal encarecen el mercado. ¿Y qué será de ellos cuando no puedan trabajar, (es trabajo que no se resiste muchos años) al menos en labor tan lucrativa, acostumbrados á un regalo que ya no podrán tener? ¿No es temible, no es casi seguro que la prosperidad de que usaron mal, será causa de su desdicha?

Hemos dicho, que el mal era más fácil de explicar que de remediar; pero en fin, ningun conocimiento es inútil, y la primera condicion para remediar un daño, es conocerle. El que viene de los altos salarios en la gente que se llama *baja*, es difícil de remediar, pero no imposible; adquiriendo la persuasion que el bien en todo es armonía, equilibrio estable, y cuando no le hay entre los medios materiales y los intelectuales, la moral es como arrastrada por una fuerza sin freno ni direccion.

Bien está que se pida y se obtenga aumento de salario para el obrero, que en general en España no ganaria lo suficiente para proveer á sus necesidades; pero está mal suponer que su pobreza, que es á la vez material é intelectual, se remedia solo con dinero; está mal, ver un motivo de satisfaccion donde tal vez hay un peligro, y arrojar talegos de dinero sobre una comarca, sin llevar al mismo tiempo el buen consejo, el buen ejemplo, la Caja de ahorros, la escuela, la predicación religiosa, los medios de diversion honesta, con una seguridad insensata de no hacer daño, ó una culpable indiferencia al hacerle.

No vemos que los amigos del pueblo, empleen tanto trabajo en levantar su nivel intelectual, como se necesita para que no sea perdido el que emplean en que se mejore su situacion económica, ni que la moral ocupe el lugar que le corresponde al plantear los problemas de distribucion de la riqueza y organizacion del trabajo. En lo que se llama cuestion social, entra el salario como elemento; pero no como el único, ni aun el más importante, porque como cosa *material*, es pasiva, y está condicionada por las actividades que se desconocen ó se desdeñan. Una iglesia y una escuela hacen más para subir los salarios, que cien huelgas, y doscientas rebeliones. La prueba de la superioridad relativa de dos cosas, está en la independendia más grande que tiene una respecto á la otra, y en el mayor poder que en sí propia halla; y esta prueba, puede hacerse con los recursos materiales y espirituales del trabajador.

Dadme un obrero (1) moral é inteligente, y os daré un salario subido; os doy un salario subido, y como hemos visto, no podeis darme un obrero inteligente y moral.

CONCEPCION ARENAL.

Ceares 25 de Octubre 1876.

## LA PROBIDAD.

Es una noche de invierno; del cielo plomizo cae una nieve espesa, monótona é incesantemente.

(1) Se exceptúan los trabajadores intelectuales en algunos casos, por razones que hemos visto en las *Cartas á un obrero*; tambien puede haber excepcion en circunstancias dadas para alguna otra clase de obreros, pero a reg la es la que dejamos sentada.

En una boardilla de una casa de cinco pisos, situada en un arrabal de la ciudad de Nápoles, pasa una de esas escenas que el corazón comprende y que la pluma no acierta á describir.

Delante de una mesita y ocupado en pulir una piedra de inestimable valor, está sentado un hombre que apenas tendrá treinta años; pero delgado, macilento; envejecido, lleva en el rostro el sello de una larga enfermedad recientemente sufrida, y de profundos padecimientos morales.

A su lado, sobre una de las pocas sillas de paja que constituyen casi el único mueblaje de aquella pobre habitación, está sentada una jóven, ocupada en coser un harapiento vestido. Debía haber sido bella y simpática; pero la miseria y los afanes han marchitado y alterado inexorablemente la regularidad de su rostro.

La boardilla está solamente alumbrada por la escasa luz que despide la lámpara que arde sobre la mesa de trabajo. En medio de la habitación está el lecho conyugal, sin cortinas y conteniendo solamente un pobre jergon. A un lado yacen, sobre un monton de paja, dos niños, cubiertos con una vieja y raida manta.

Ni chimenea ni brasero templan la helada y húmeda atmósfera que reviste aquella triste morada. La miseria se muestra allí en su más desoladora espresion.

El más profundo silencio, el fúnebre y hondo silencio de las almas destrozadas, reina en aquella estancia.

De pronto este silencio sepulcral fué roto por una queja comprimida de los dos niños, que luego prorumpieron en estos gritos dolorosos: ¡mamá, tenemos frio, tenemos hambre, y el frio y el hambre nos quitan de dormir! ¡Mama, un poquito de pan y alguna cosa que nos abrigue mejor!

A estos lamentos el hombre se estremeció con un movimiento convulsivo, y sin proferir palabra se quitó la blusa que tenia puesta y la colocó sobre sus hijos, quedándose en mangas de camisa. Por su parte, la madre, conteniendo con esfuerzo las lágrimas que nublaban sus ojos, se quitó un manton de tartan que la resguardaba del frio y le extendió tambien sobre ellos, diciéndoles al mismo tiempo que los acariciaba:

—Sed buenos, hijos míos, sed buenos; por esta noche no tengo nada que daros. Tratad de dormiros: el sueño quita el hambre... Ahora estais bien abrigados, y esto hará venir el sueño. Mañana, Dios proveerá.

Los pobres niños se resignan, se aprietan y hacen todo lo

posible por complacer á su madre; pero al poco rato su inquietud vuelve, aumentada aun por el esfuerzo que hacen para no quejarse, y se les oye volverse y revolverse sobre el misero monton de paja.

— El desventurado padre advierte la agitacion de sus hijos; pero no dice palabra, y sigue su trabajo, dejando adivinar en su rostro, ora encendido, ora cadavérico, las inquietudes que combaten su alma.

— Trascurren así algunos instantes: mas hé aquí que de pronto, y con mayor angustia, prorumpen los niños en nuevos gritos:

— ¡Mamá, tenemos hambre! ¡Un poco de pan!

A estos lamentos el padre, no pudiendo contenerse más, suspende el trabajo, y volviéndose á su mujer, le pregunta:

— Magdalena, ¿no hay en casa alguna otra cosa que se pueda vender para comprar pan á estos pobrecitos?

— No ha quedado nada, ¡oh, Gualtiero! respondió la mujer, torciéndose las manos en un acto de suprema desesperacion. ¡Nada! ¡Todo ha sido vendido durante tu larga enfermedad! Ayer, primer dia que has podido volver á trabajar, ayer vendí mi anillo nupcial, único objeto que me habia aun quedado, y del que no he tenido valor de separarme hasta el último extremo de la necesidad. Me parecia que, alejándome de él, se rompía el lazo que nos une. ¡Oh! ¡Cuántas lágrimas me ha costado este duro sacrificio!... Pero no depende sino de tí el dar á tus hijos el pan que piden.

— ¿De qué modo? preguntó Gualtiero.

— Autorizándome para ir á vender alguna de estas piedras que hay aquí sobre la mesa; el precio de la más pequeña de ellas bastará para darles de comer muchos dias.

— ¡Qué dices, desventurada! ¿No sabes que estas piedras no me pertenecen? ¿Que abusando de la fé que tiene en mi probidad el hombre honrado que confía á un pobre operario objetos de tan alto valor, cometeria un hurto tanto más vil y deshonesto cuanto que seria un abuso de confianza? ¿Y la severidad de la pena que la ley impone á quien la quebranta? ¿Y aquella que la sociedad, más severa que la misma ley, impone sobre la frente del culpable, señalándole á la censura y á la reprobacion general? ¿A quién recurrir, de quién esperar trabajo cuando pesase sobre uno la vergonzosa mancha del ladron?

— Tú exageras demasiado las cosas, Gualtiero. ¿No puedes decir que se ha perdido? ¿Que te ha sido robada? ¿Encontrar, en

fin, alguna excusa? Todos saben que eres un hombre honrado. Por uno que te sospeche, ciento te creerán inocente. El hecho pasará desapercibido. Entretanto, nosotros y nuestros hijos no moriremos de hambre. Y cuando con nuestras fatigas hayamos podido ahorrar lo que valga, indemnizaremos á su dueño y podremos decirle que nos han restituido el valor de la piedra.

—Calla, Magdalena; ni una palabra más sobre esto. Dado que evitase el rigor de las leyes; que logre, cosa difícilísima, conservar intacta mi reputacion de las sospechas de los hombres, ¿podré ocultar tan torpe accion á los ojos de Dios, que lo ve todo? ¿Y la conciencia? Ella no me concederia ni tregua ni paz. Sintiendo horror hácia mí mismo, seria un hombre perdido, incapaz de luchar con las dificultades de la vida. Además, una culpa lleva á otra, y el mal cometido pronto ó tarde conduce á tristísimos fines. ¡No! ¡Mil veces no! ¡Muramos nosotros y nuestros hijos antes que cometer tan mala accion! La Providencia divina no abandona jamás al hombre de bien. Por caminos ocultos, inesperados, y cuando la creemos más lejana, viene á nuestro socorro.

—¡Es cierto!—exclamó con voz conmovida una persona que en aquel momento apareció á la puerta de aquel miserable tugurio —Sí, buen hombre, la Providencia ha venido en tu socorro porque has esperado en ella, porque fuerte en el sentimiento del deber has sabido resistir á la más dura prueba.

Quien proferia estas dulces y consoladoras palabras era un personaje como de cincuenta años de edad, de aspecto simpático y venerable, era el príncipe de V..., digno filántropo, el cual en vez de gastar lo supérfluo de sus vastas rentas en vano lujo, ó en vergonzosas prodigalidades, lo empleaba en obras de ilustrada beneficencia, y en el alivio de los indigentes honrados.

—Informado de la profunda miseria en que vivia aquella familia; miseria no ocasionada por los vicios ó por la vagancia, sino por una larga enfermedad, habia ido con ánimo de socorrerlos, y habia llegado á la puerta de la mísera boardilla en el instante en que los pobres niños prorumpian en gritos pidiendo pan: se detuvo sin ser visto y pudo oír todo el diálogo entre los dos esposos. Conmovido en lo más profundo del alma por su angustiosa posicion, y por la incorruptible probidad del honrado artesano, quiso ser para él como un enviado de la Providencia, en quien este esperaba.

Empezó por darle á Magdalena un bolsillo con dinero para

que comprase lo más preciso para aquella noche, y despues volviéndose á Gualtiero, que estaba mudo de sorpresa, contemplando al desconocido protector:—

—Alma noble,—le dijo,—bien has hecho en confiar en Dios: humilde instrumento suyo, vengo á consolarte y socorrerte, no dándote una ayuda momentánea, sino creándote una posición estable para tí y tu familia. Sé que eres un hábil y laborioso joyero, yo te suministraré el capital necesario para que abras una tienda y explotes por cuenta propia este rico ramo de la industria. Te recomendaré á las más distinguidas y poderosas familias de la ciudad: mi crédito y mi influencia te procurarán una numerosa clientela que en poco tiempo te facilite una posición desahogada. ¿Qué dices? ¿Te sonríe este proyecto mio?

—¡Ah! señor,—exclamó Gualtiero, arrojándose á los piés del príncipe y prorumpiendo en lágrimas de inefable contento.— ¿Es verdad lo que escucho? ¿No será un sueño, una ilusión de mi pobre cabeza debilitada por la enfermedad y los sufrimientos?

El príncipe le aseguró de nuevo sus ofertas, y Gualtiero hizo arrodillarse á sus hijos, que oyendo á su bienhechor y viendo la alegría de su padre, habian olvidado el sueño y el hambre, y sonreian como dos ángeles al dirigir á Dios una corta plegaria de agradecimiento.

El príncipe los besó varias veces, mientras Gualtiero le repetia que dispusiera de él y de su vida, que daria gustoso por probarle su gratitud.

Cuando volvió Magdalena, el príncipe se despidió enternecido por las bendiciones de aquella pobre madre, cuyo pálido rostro se cubrió de rubor al recordar la mala idea que la miseria le habia sugerido.

Gracias á su bienhechor, y á su constante trabajo, pasado algun tiempo, ya vivian en una linda y saludable casita, y su tienda era citada como la mejor joyería de Nápoles.

Hé aquí cómo la virtud recibe en el mundo su galardón. El hombre debe ser bueno no solo porque Dios lo manda, y la moral lo impone; sino tambien por interés personal; porque nada conduce mejor á la fortuna que una severa probidad. Ella da modesto, pero sano y seguro fruto.

E. M.

(Arreglo del italiano.)

## LOS PLACERES.

Estamos en el invierno. ¡La estación de los placeres y de las miserias! de los bailes, de los teatros, del frío, de la nieve, de las lluvias y de la caridad. Este debe ser uno de los placeres del invierno, para los felices que pueden ejercerla.

La juventud es ávida de diversiones, que más tarde cuando se llega al otoño de la vida aparecen fútiles y pueriles.—Una mujer de cuarenta ó cincuenta años, convidada á un baile, y á punto de echarse encima el suntuoso atavío que habia preparado, hace con frecuencia lo que un joven amigo mio, el cual se desnudó y se acostó exclamando:—«¡Nada de esto merecia la pena de molestarse!»

No pedimos tanta filosofía; no extrañamos que gusten á la juventud las diversiones lícitas. Un baile le preocupa, un concierto le interesa, una representacion de teatro despierta su imaginacion y le persigue aun largo tiempo, despues de caido el telon, y despues que Valentina ha vuelto á tomar su *Water-proof* y sus chanclos, ó su coche si la artista es una notabilidad, y Fausto ó Raul su paletó y su paraguas. Los ensueños, los encantos y las ilusiones son propios de la juventud, y deben hallar indulgencia; sin embargo, entre estos placeres, algunos permitidos, otros tolerados, debe hacerse una atinada eleccion y no privarse de los lícitos, porque es natural buscar ratos de solaz para descansar de las preocupaciones y trabajo que deben llenar la vida del hombre; pero sí *pagar* á Dios esos goces que nos concede, acordándose y cuidando á los que no pueden tenerlos.

De este modo deben compensarse los placeres bulliciosos y caros.

Los puros y santos, los que se gozan entre la familia y algunos amigos, los nobles placeres del espíritu, los más dulces y más nobles de la caridad, no dejan en el ánimo fastidio ni disgusto.

Si al ir á un *placer* caro, nos acordamos de los que no tienen dinero y ni siquiera pueden dormirse mientras nosotros nos divertimos, porque en su yerta morada no hay condicion ninguna higiénica, ni tienen ropas con que abrigarse, ni han podido tener un poco de lumbre para calentarla; y bien separando un equivalente de lo que gastamos en la diversion, ó bien gastando un poco menos en ella, guardamos algo para remediar parte al menos de tanta miseria, no solo cumpliremos con un deber, sino que nos proporcionaremos un nuevo goce.

Los pobres no piden placeres, sino satisfacer la más extricta necesidad. Piden pan para sus hijos, ropas *viejas* para cubrir sus helados miembros. Para un niño enfermo, un huevo ó un caldo, un vaso de vino para un anciano, pueden ser en ocasiones hasta la vida. Y esa vida que tan poco cuesta en esa ocasion, sucede á veces que no pueden comprarla por no tener una pequeña parte del dinero que gastamos en cualquier diversion.

¡Cuántos bonos de pan y de carne se pierden en un billete de teatro! ¡Cuántas camisetas de lana para abrigar pechos delicados, se pierden en una corona de flores! ¡Cuántos alquileres (el alquiler de la casa que es la pesadilla del pobre) en un traje de encaje!

Reflexionemos antes de gastar en diversiones; al lado de la partida destinada á estas, pongamos otra para los pobres, y á la vez que cumplimos un deber de conciencia, nos proporcionaremos un goce, tal vez el mayor de todos los que disfrutamos.

M. B. y P.

## LOS INFELICES.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR TEODORO LLORENTE.

(Conclusion.)

V.

Su capa toma y la linterna. Es la hora  
 De ir á ver si ya torna á la ribera,  
 Si el mar más apacible se adormece,  
 Si el dia en el Oriente ya alborea,  
 Si brilla aun en el mástil encendida  
 La luz que al pescador la playa muestra.  
 —¡Vamos!—Y parte. El soplo de la brisa  
 No anuncia aun la mañana, ni blanquea  
 La luminosa línea que se estiende  
 Nuncio del alba, sobre el mar. No cesa  
 La fria lluvia, y nada más sombrío  
 Que la lluvia si el dia ya se acerca.  
 Parece que dudosa la mañana  
 Tímida y vacilante se detenga.  
 Y que, cual niño, el alba al nacer lllore.  
 Y ella sigue marchando. Y no hay abierta  
 Por temerosa luz iluminada  
 Ventana alguna en la dormida aldea.  
 De repente á sus ojos que buscaban  
 Entre las sombras lúgubres la senda  
 Vieja choza aparece misteriosa.  
 Ni fuego allí, ni luz. Cerrada puerta.  
 Palpita al viento que la bate. Oprime  
 Techo que amenazante cae á tierra,  
 Las tapias que los años desmoronan,  
 Y destructor el ábrego golpea  
 El bálago que súcio y amarillo  
 El techo cubre de la oscura cueva.  
 «Ya me olvidaba de la pobre viuda,  
 La mujer exclamó: sola y enferma  
 Hallóla mi marido el otro dia.  
 Es preciso ver hoy cómo se encuentra.»

Llama á la puerta. ¡Qué silencio! Vuelve  
 Otra vez á llamar. Nadie contesta  
 Se extremece del mar al viento frio;  
 Juana.—«¡En la cama, sin valer sus fuerzas!  
 ¡Y sin pan, y con hijos! ¡Pobres hijos!  
 Verdad es que tan solo dos le quedan;  
 ¡Mas viuda y pobre!» Y llama y no responden.  
 —«¡Hola! escuche, vecina.»—Y no hay respuesta.  
 —«¡Cuán dormida estará, que tantas veces  
 Me está haciendo llamar! Pero la puerta  
 Cual si compadecida la escuchase,  
 Por sí misma en la sombra se abrió lenta.

## VI.

Entró, y en el interior de la cabaña  
 Muda junto á las ondas turbulentas,  
 Iluminó su luz. Del techo el agua  
 Caía de la lluvia en gotas gruesas.  
 Forma terrible en el oscuro fondo  
 Tendida estaba. Inmóvil, muda, yerta  
 Una mujer; los frios piés, descalzos;  
 Las pupilas sin luz, fijas y muertas:  
 ¡Cadáver hoy, ayer madre gozosa!  
 Espectro de la muerte y la indigencia;  
 ¡Cuánto del pobre tras su luengo y rudo  
 Fatal combate con el mundo resta!  
 Dejó caer su helada mano inmoble  
 Sobre la paja de su lecho seca;  
 Y horrorizaba su entreabierta boca  
 Donde el alma al huir lanzó siniestra  
 Ese grito solemne de la muerte  
 Que oye la eternidad!

Con faz risueña

Dos ángeles dormían en la cuna

Junto al cadáver de su madre.

Y ella

Viéndose ya morir, con sus vestidos

Envuelto había, porque no sintieran

El hielo de la muerte sus piés tiernos.

Y su lecho abrigó con mano incierta

Para que en paz durmiese mientras fria,  
Ella temblaba en la agonía extrema.

## VII.

¡Oh cómo duermen en la móvil cuna!  
En su frente la paz brilla serena.  
Parece que á esos huérfanos dormidos  
Rumor alguno despertar no pueda  
Ni el clarín del juicio: es que inocentes  
Son, y á su juez no teme la inocencia.  
La lluvia en turbion cae sobre la playa,  
Y sobre el rostro á veces de la muerta  
El viejo techo arroja helada gota,  
Que en sus mejillas lágrimas semeja.  
Como campana que doliente gime  
La onda incesante en las orillas suena.  
Impasible la muerta escucha inmóvil.  
El cuerpo, cuando rompe la cadena  
De la vida el espíritu radiante,  
Aun busca al alma, y en extraña lengua  
Parece que se escuche que así dicen  
Los ojos mústios y la boca abierta:  
—¿Qué es lo que has hecho de tu blando aliento?  
—¿Y qué es lo que hecho habeis de la luz vuestra?  
Amad, vivid, reid, cojer las rosas,  
Bailad al loco son de danzas ébrias,  
Llenad el corazon, vaciad los vasos,  
Como el arroyo al mar sus aguas lleva,  
La suerte arrastra cunas y festines,  
Los besos del placer que al alma ciegan,  
Las cántigas, las risas, los amores,  
Al hondo seno de la tumba eterna!

## VIII.

¿Y qué ha hecho Juana en la funesta choza?  
¿Qué es lo que oculto de su capa negra  
Lleva en los pliegues húmedos? El paso,  
¿Por qué inseguro y presuroso asienta?  
¿Y por qué sin osar volver los ojos  
Medrosa corre por la calle estrecha?

¿Qué es lo que esconde tímida y turbada  
 En su pobre cabaña entrando á ciegas,  
 Bajo del lecho? ¿Qué es lo que ha robado?

## IX.

Cuando en su casa entró, con luz incierta  
 La playa iluminábase dudosa.  
 Tomó una silla y se dejó sobre ella  
 Caer junto á la cama, de la mate  
 Palidez del pavor la faz cubierta.  
 Parecia que horribles sus entrañas  
 Fatal remordimiento corroyera;  
 Y su frente cayó sobre la almohada,  
 Y su boca temblante y entreabierta  
 Interrumpidas frases murmuraba  
 Mientras que el hondo mar rugia cerca.  
 —«Mi marido, ¡gran Dios! ¿Qué va á decirme?  
 ¡Tantos cuidados sobre el pobre pesan!  
 ¡Con cinco hijos!... Señor, ¿qué es lo que hice?  
 ¡Solas sus manos para tantos! ¡Y eran  
 Pocos, y aun le doy mas!... ¿Es él? No. Nadie.  
 Hice mal. — Si se enoja y me golpea,  
 Bien haces, le diré. — ¿Viene? No viene.  
 Mejor. — ¡Jesús! parece que alguien entra.  
 Pero no: es que la puerta bate el viento.  
 ¡Pobre marido mio! ¡Ya te espera  
 Temblando tu mujer, y temerosa  
 Se asustará de verte abrir la puerta!»  
 Y pensativa y tímida, en silencio  
 Largo tiempo quedó, de la honda pena  
 Que el pecho comprimido le desgarraba  
 En la ansiedad desconsolada envuelta,  
 Sin oír más que el lúgubre graznido  
 De los marinos cuervos y la eterna  
 Voz de las olas y del viento airado  
 Y la puerta por fin se abrió violenta;  
 Blanca la luz exclareció la choza;  
 Y del umbral sobre la humilde piedra  
 El pescador apareció, sus redes  
 Arrastrando tras sí llenas de perlas.

## X.

—«¿Eres tú?» Gritó Juana; y á su pecho,  
 Como la amante al amador estrecha,  
 Estrechó á su marido, y casto beso  
 Imprimió en su bañada blusa, mientras  
 El marino, con voz alegre, «mira,  
 Exclamaba, mujer, ya estoy de vuelta!»  
 Y el júbilo irradiaba en su semblante  
 De un alma ruda y resignada y buena.  
 —«Me han robado, exclamó, ya son peores  
 Las aguas que los montes y las selvas.  
 Me han robado.—Y el tiempo, ¿ha sido bueno?  
 —¡Cómo bueno! ¡malísimo!—¿Y la pesca?  
 —¡Peor! pero te abrazo, y no me apuro.  
 Ni un pez pude cojer. ¿Cómo lo hiciera  
 Si las redes se han roto en mil pedazos?  
 Sin duda alguna los demonios eran  
 Los que soplaban el maldito viento  
 Que esta noche reinó. ¡Qué noche! Gruesas  
 Eran las olas cual montañas. Casi  
 Zozobré. Se rompieron cuatro cuerdas.  
 Y ¿qué hiciste tú en tanto?» Frio horrible  
 Cundió de Juana en las temblantes venas.  
 —«¿Qué hice yo? Lo de siempre. Aquí sentada,  
 Cosiendo estuve. De la mar soberbia  
 El fragor escuchaba y miedo tuve.  
 —Crudo será el invierno que se acerca.  
 Pero ¿cómo ha de ser?» Y temblorosa  
 Como los que obran mal, entonces ella  
 —«Mira; ya ha muerto la vecina, dijo.  
 Ayer debió morir. O quizás esta  
 Misma velada, cuando tú corrias  
 Por el mar. Pero da lo mismo. Y deja  
 Dos hijos en mantillas. Y Guillermo  
 Se llama el uno, y la otra Magdalena.  
 Aun no puede él andar, y ella aun no habla.  
 ¡Pobre madre! ¡Y ha muerto en la miseria!»  
 Aspecto grave revistió el marino  
 Como quien algo embarazoso piensa,  
 Y á un rincón arrojando el sucio gorro

Bañado en agua amarga, y la cabeza  
 Rascándose, exclamó: «Diablo, ¡eran cinco;  
 Con dos más serán siete. ¡Ya la cena  
 Faltaba á veces! ¡ahora nada digo!  
 ¡Bah, bah, bah! No será la culpa nuestra.  
 ¡Cosas de Dios! El sabe estos misterios.  
 ¿Por qué á esos pobres chicos se les lleva  
 La madre? ¡Bah! son estas unas cosas  
 Que es preciso estudiar para entenderlas.  
 ¡Tan pequeños!... Decirles nadie puede  
 Trabajad y comed.—Vé; tú eres buena.  
 Juana, vé, vé por ellos. ¡Cuánto miedo  
 Tendrán si junto al lecho se despiertan  
 De la pobre mujer! Mira, es la madre  
 Que llama atribulada á nuestra puerta:  
 Abramos á sus hijos. Con los nuestros  
 Crecerán juntos, y en las noches lentas  
 De invierno abrazarán nuestras rodillas.  
 Todos serán hermanos. Cuando vea  
 Que otros dos hijos mantener debemos,  
 Dios más copiosa nos dará la pesca.  
 Vino no beberé: buena es el agua.  
 Trabajaré algo más. ¡La cosa es hecha!  
 Mujer, corre á buscarlos. Mas ¿qué tienes?  
 ¿Te sabe mal? Siempre eres más lijera  
 Cuando vas á hacer bien.

—«Míralos, hombre,»

Dijo, entreabriendo las cortinas, ella.

